

Libros

Los financieros de Hitler

José María Solé Mariño

Cuando en 1939 Daniel Guerin publicaba su obra *Fascismo y gran capital*, relacionaba ya de forma innegable los estrechos lazos que unieron desde sus mismos inicios a los movimientos reaccionarios y a las fuerzas del capitalismo local en cada caso concreto. Prácticamente todos los títulos que tratan la cuestión fascista aparecidos desde el año 1945, se acercan al hecho con mayor o menor profundidad. Pero en el caso alemán, incluso los ya clásicos e imprescindibles Nolte, Bracher, Carsten, Bullock o Fest reducen a un solo capítulo o a simples y repetidas referencias la presencia, no ya importante sino básica, de los financiadores económicos — sobre todo los industriales capitalistas — en el ascenso del partido nacionalsocialista al poder.

El libro de James y Suzanne Pool * aborda por vez primera en una obra total las aportaciones interiores y externas que el movimiento de Hitler recibió desde el momento de su mismo nacimiento. Cuando el 30 de enero de 1933 el anciano mariscal Hindenburg nombra canciller del Reich al austríaco Adolf Hitler, se cierra un capítulo iniciado quince años antes con la derrota militar de noviembre de 1918. El partido nazi, gestado entre los espasmos revolucionarios que siguen al desastre, y a partir de asociaciones nacionalistas y racistas más o menos secretas, va ascendiendo hacia la cúspide del poder en una Alemania moralmente humillada y económicamente arruinada, sobre

todo en lo que afecta a los niveles medios y bajos de la población.

Esta situación de crisis total, agravada todavía más por la convulsión financiera de 1929, será el telón de fondo de la progresiva entrega de los alemanes en brazos del nazismo, que les venía a ofrecer nuevos horizontes. En su obra, los Pool prescinden prácticamente de la consideración de los principios que se suelen dar como causantes principales del ascenso del nazismo: moral de derrota y ansias de desquite, miedo de las clases medias a una posible proletarización, terror de las clases acomodadas a una revolución triunfante, etc., etc. La inclusión al final del libro de unos apéndices reflejando los resultados de las últimas elecciones relativamente libres celebradas en marzo de 1933 —ya bajo el gobierno del partido de Hitler— ofrecen un índice del apoyo popular al nuevo régimen, que obtiene el cuarenta y cinco por ciento del total de escaños en el Reichstag. Después, ya no habría más consultas en libertad...

Las relaciones de los nazis desde sus primeros tiempos con figuras destacadas de la ultraconservadora alta sociedad —de Munich primero y más tarde de Berlín— y los iniciales apoyos económicos provenientes de los círculos de adinerados rusos blancos exiliados, quedan en realidad reducidos a una mera anécdota en comparación con las ayudas posteriores, pero de hecho resulta imprescindibles tenerlos en cuenta ya que constituyeron las primeras fuentes de financiación del pequeño partido, sin las cuales hubiera resultado imposible siquiera imaginar los ni-

veles alcanzados en el futuro. La mentalidad antisemita de Henry Ford, el magnate del automovilismo norteamericano, cuya obra *El judío internacional*, parece haber sido una de las fuentes inspiradoras del *Mein Kampf* de Hitler, es motivo de un capítulo íntegro, realmente interesante por la novedad del tema y la implicación que las relaciones de Ford con los nazis supuso para ilustres nombres alemanes como los de los directos descendientes de Richard Wagner, junto a los de grandes familias de la Rusia prerrevolucionaria y a las mismas personas de los hijos del depuesto *kaiser* exiliado en Holanda.

Referente a este último punto, queda puesta de manifiesto de la forma más evidente la actitud externa de Hitler, de sus seguidores y valedores, tendente a demostrar unos supuestos propósitos de restauración de la monarquía de los Hohenzollern. Por ello, no solamente recibe los apoyos de los sectores monárquicos, sino incluso del mismo Guillermo II, todos con ánimo de utilizar a los nazis como fuerza para provocar la caída de la tambaleante República. Dentro de esta misma línea, que consiguió ganar para el partido la voluntad de extensos fragmentos de la sociedad alemana, destaca la actitud final del monárquico Hindenburg, cuya esperanza en una futura restauración logra hacerle superar la profunda repugnancia que siente al nombrar canciller a Hitler.

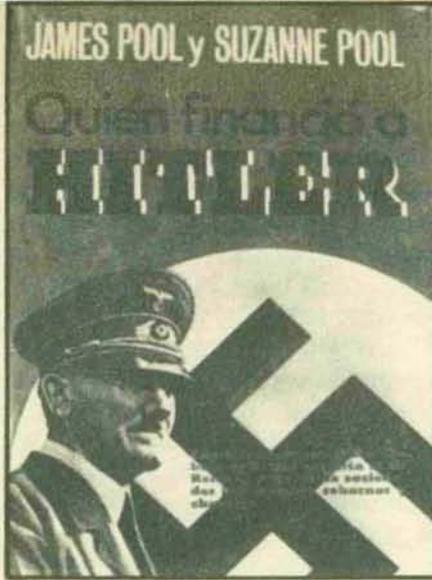
HIERRO, CARBON Y ACERO

Mucho más importante, desde un punto de vista material, resulta la financiación otorgada por los primeros nombres

* «*Quién financió a Hitler*». James y Suzanne Pool. Ed. Plaza Janés. Barcelona, 1981. 464 págs.

de la industria pesada alemana al partido nazi, ayuda que con diferentes proporciones se mantendrá hasta la caída del régimen. Los grandes magnates de la industria del hierro, del carbón y del acero, de la electrónica y de la química se consideran perjudicados por un Tratado de Versalles que limita la producción de hecho y la grava profundamente debido a las reparaciones que el derrotado país debe pagar a sus vencedores enemigos. Por ello la gran industria, que ejerce una verdadera dictadura sobre todos los demás ámbitos de la vida económica, es decidida partidaria del rearme, que le permitiría un fuerte aumento de la producción, y del término del pago a Francia de la mayor parte del total de las reparaciones, cuyo costo obstaculiza el desarrollo y expansión de la producción nacional en una Alemania que ha salido de la guerra con sus enormes instalaciones industriales prácticamente intactas.

Por otra parte, los magnates del Rhur, como Thyssen, Krupp, Reuch, Fickler y tantos otros, se ven rodeados por la amenazadora presencia de millones de obreros parados en situación casi desesperada. El joven partido nazi, además de preconizar una política de rearme, con su demagogia socializante podría servir para restar apoyos obreros al Partido Comunista, en realidad muy debilitado tras los hechos revolucionarios de 1918. Por todo ello, conviene prestar a los nazis la ayuda material necesaria para convertirle en el muro de defensa cuya construcción parece ineludible en contra de la latente revolución. Al mismo tiempo, la gran industria y las altas finanzas —personificadas éstas por Hjalmar Schacht, presidente del *Reichsbank*— mantienen sus contribuciones a los partidos nacionalistas y conservadores, que ofrecen una imagen mucho más decorosa que los dudosos elementos que componen la inmensa mayoría de los miembros del NSDAP. Pero Hitler y sus hombres son un buen



material a utilizar como fuerza de choque y por ello comienzan muy pronto a recibir los beneficios de los fondos secretos de las compañías industriales de la cuenca del Rhur.

En su interés propio, Hitler aprovecha la desconfianza de estos grandes industriales hacia la República, que para ellos aparece dominada por los detestados socialdemócratas, nunca libres de la sospecha de entendimiento oculto con los comunistas. Pero la consideración de los nazis como mera fuerza de choque secundaria es puesta de manifiesto repetidamente por sus mismos financiadores en las ocasiones en que deben escoger entre el partido de Hitler y los tradicionales partidos conservadores. Incluso en los últimos momentos del régimen democrático —en el invierno de 1932— los industriales y financieros prefieren intentar la solución de Schleicher primero y después la de Von Papen, representantes típicos de los sectores tradicionalmente poderosos, antes de consentir la entrega de los poderes de gobierno a unos nazis de reputación más que dudosa y con finalidades no demasiado claras.

Por el momento —mediados los años veinte— la radicalización de la situación, debida sobre todo a la crisis económica, lleva a parte de estos niveles-decisionarios a justificar e incluso a inspirar la degradación de la justicia, extremadamente blanda con la actuación de la extrema derecha violenta que, confiada en su privilegiada situa-

ción, se ha lanzado a una serie de desórdenes que culminan con varios asesinatos políticos destacados: Eisner, Erzsberger, Rathenau. La violencia de extrema derecha cuenta con la benevolencia de unos tribunales interesados en conservar la buena convivencia con los poderes económicos y militares de la República de Weimar, cuya misma existencia es puesta continuamente en entredicho. A finales de 1932, demostrada la incapacidad de los partidos tradicionales, la solución nazi se presenta como la única capaz de enderezar la situación. La naturaleza y duración de la dictadura anunciada son desconocidas.

UNA EUROPA AMIGA

Otra sección del libro de Pool auténticamente destacable es la dedicada a tratar las fuentes de financiación extranjera que recibe Hitler. Casi todos los países del continente, bajo unas u otras formas, vinieron a contribuir a la obra de crecimiento y afianzamiento del nazismo. Desde la ayuda a nivel estatal que por medios secretos proporcionan la Italia de Mussolini y la Hungría de Horthy bajo el gobierno Gombos, hasta las aportaciones particulares y de fuerzas reaccionarias de varios países, que ven en Alemania el muro de defensa contra la expansión bolchevique hacia Occidente. Incluso, sin saberlo, el mismo gobierno francés financia en parte el germen del sistema que acabará invadiendo su país. Las cantidades enviadas ocultamente con la finalidad de reforzar al nacionalismo bávaro —lo que debilitaría a la Alemania unificada— acabarían siendo administradas por el partido nazi, constituyendo una suprema ironía histórica.

En el mundo anglosajón, aparte de la ayuda recibida de ciertos destacados personajes norteamericanos y de las colonias alemanas en las ciudades de América del Norte, es preciso hacer hincapié en la actitud de la Gran Bretaña ante el fenómeno del nazismo en cre-

cimiento. Las fuertes tendencias progermanas existentes en los altos niveles de la sociedad inglesa se ponen de manifiesto a lo largo de la década de los treinta: desde distinguidos políticos a figuras de la aristocracia y de la vida intelectual; desde destacados órganos de prensa hasta la misma figura del rey Eduardo VIII, cuya abdicación en realidad vino provocada por sus actitudes fuertemente proclives al nazismo, que en 1936 llevaba en el poder una trayectoria de tres años de agresividad institucionalizada.

Mientras los enviados de Hitler recorrían Gran Bretaña buscando apoyos materiales y morales que en ningún momento les faltaron, la prensa londinense se une en parte a este deslumbramiento por la nueva Alemania que se anuncia. El *Daily Mail* ofrece una imagen decididamente pronazi; y el mismo *Times*, si bien nunca puede ser acusado claramente de mantener posturas

similares, denota una cierta complacencia ante la imagen del nazismo, a pesar de las informaciones que indudablemente recibiría acerca de la verdadera naturaleza del movimiento. Lo cierto es que toda la década de los treinta, hasta los mismos inicios de la guerra, observa en Inglaterra una voluntad marcadamente proalemana, que en esos momentos es sinónimo de simpatía hacia el nazismo en el poder.

Haciendo un balance general de la obra, se puede afirmar que queda demostrada la utilización de fuentes hasta ahora no estudiadas o descuidadas, junto al testimonio — muy evidente — de la aportación de los testimonios de sobrevivientes que han accedido a hablar con los historiadores, mediatizados por circunstancias personales que suponemos nada fáciles. Los autores, sin embargo, intentando plasmar un estilo de escritura accesible al lector medio, vienen a caer en una vulgarización que en

momentos les aproxima a las obras de la denominada *historia novelada*, muy alejada de los verdaderos objetivos del estudio de la Historia, pero válida como medio de entretenimiento. Esta circunstancia, unida a la falta de trabazón general del libro y a los desafortunados título y portada, puede acercar al producto final a un público medianamente interesado por la cuestión o simplemente curioso y buscador de revelaciones nuevas en un tema como el del nazismo siempre atractivo para el gran público.

Pero de hecho, *Quién financió a Hitler* es algo mucho más importante. Al tratar un aspecto tan concreto y ofrecer unas aportaciones hasta ahora casi desconocidas, se ha constituido ya en una obra imprescindible en toda bibliografía acerca del nazismo y puede, a partir de ahora, servir como digna obra de consulta para los estudiosos de los movimientos reaccionarios. ■ J. M. S. M.

BOLETIN DE SUSCRIPCION RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A:

CEMPRO FUENCARRAL, 96 • TELS. 221 29 04-05 • MADRID-4

Nombre
 Apellidos
 Edad Profesión
 Domicilio
 Teléfono
 Población D. Postal
 Provincia País

- Para cualquier comunicación que precise establecer con nosotros le agradeceremos adjunte a su carta la etiqueta de envío que acompaña al último ejemplar de la revista que haya recibido.
- Todas las altas de suscripciones y cambios de domicilio recibidos antes del día 15 de cada mes surtirán efecto a partir del primer número del mes siguiente. Las que se reciban después de dicha fecha tendrán que esperar al primer número del segundo mes, ya que así lo exige la frecuencia programada para la utilización de nuestros archivos mecanizados.
- TIEMPO DE HISTORIA no mantiene acuerdo alguno con ninguna gestora de suscripciones a revistas, por lo que se debe rechazar cualquier oferta de visitantes a domicilio. La única forma de suscribirse o renovar suscripciones a TIEMPO DE HISTORIA es mediante contacto directo por correo con la Administración de la revista o de librerías con establecimiento abierto al público.

Suscribanme a TIEMPO DE HISTORIA durante UN AÑO (12 meses) a partir del número del próximo mes de

Deseo recibir los ejemplares por correo
 Señalo con una cruz la forma de pago que deseo.

- Adjunto talón bancario nominativo a favor de TIEMPO DE HISTORIA.
- He enviado giro postal n.º a "TIEMPO DE HISTORIA, c/c. postal número 74174 - Estafeta Oficial - Madrid".

TARIFAS DE SUSCRIPCION	Correo ordinario	Correo certific.	Correo aéreo
ESPAÑA	1.475	1.715	1.475
EUROPA, ARGELIA, MARRUECOS Y TUNEZ	1.950	2.550	2.442
AMERICA Y AFRICA ...	1.950	2.550	3.066
ASIA Y OCEANIA	1.950	2.550	3.546